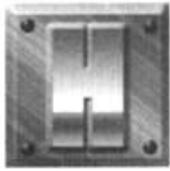




Nacer de la Madre Tierra

*Elvira Hernández Carballido
A Rosalinda Sandoval Orihuela*



oy, junto con una de mis amigas más queridas, he vuelto a nacer. Fui recibida por unas manos bondadosas que de inmediato cubrieron con ternura mi cuerpo desnudo. Atisé la luz exterior que como brillo esperanzador me guió, mientras iba inclinada en muestra de agradecimiento y consciente de mi fragilidad humana, cuando salí del cuerpo de la Madre Tierra. Sí, volví a nacer.

Todo empezó cuando un domingo de septiembre entré a un humilde y sencillo cuarto de madera. Sin lujos ni opulencia. Fuimos recibidas por Doña Maximina, una cinta roja rodeaba su cabeza y adornaba su frente. Su mirada sincera y su sonrisa tranquila de inmediato nos hicieron sentir en un lugar misterioso pero apacible, prometedor y mágico. Al entrar, lo primero que me impresionó fue el baño de Temascal, hecho de piedra volcánica que

semejaba el enorme vientre de mujer embarazada.

Doña Maximina nos daba la bienvenida con una voz tierna. Su aliento parecía un soplido de esperanza, un olor diferente empezaba a impregnarse en nuestra piel, una neblina tibia arropaba nuestros cuerpos. Platicó cómo aprendió el ritual, atisbamos el gran respeto y cariño que sentía por su baño de Temascal. Narró sus gratas experiencias así como las bondades que había recibido de este rito para gozar de buena salud y para sanar su espíritu. Su sonrisa y su mirada recorren mi cuerpo con tanta paz que me siento cómoda, tranquila e interesada en cada una de sus palabras. La ceremonia inició cuando las tres visitantes nos despojamos de nuestras ropas y el humo del copal recorrió nuestros cuerpos.

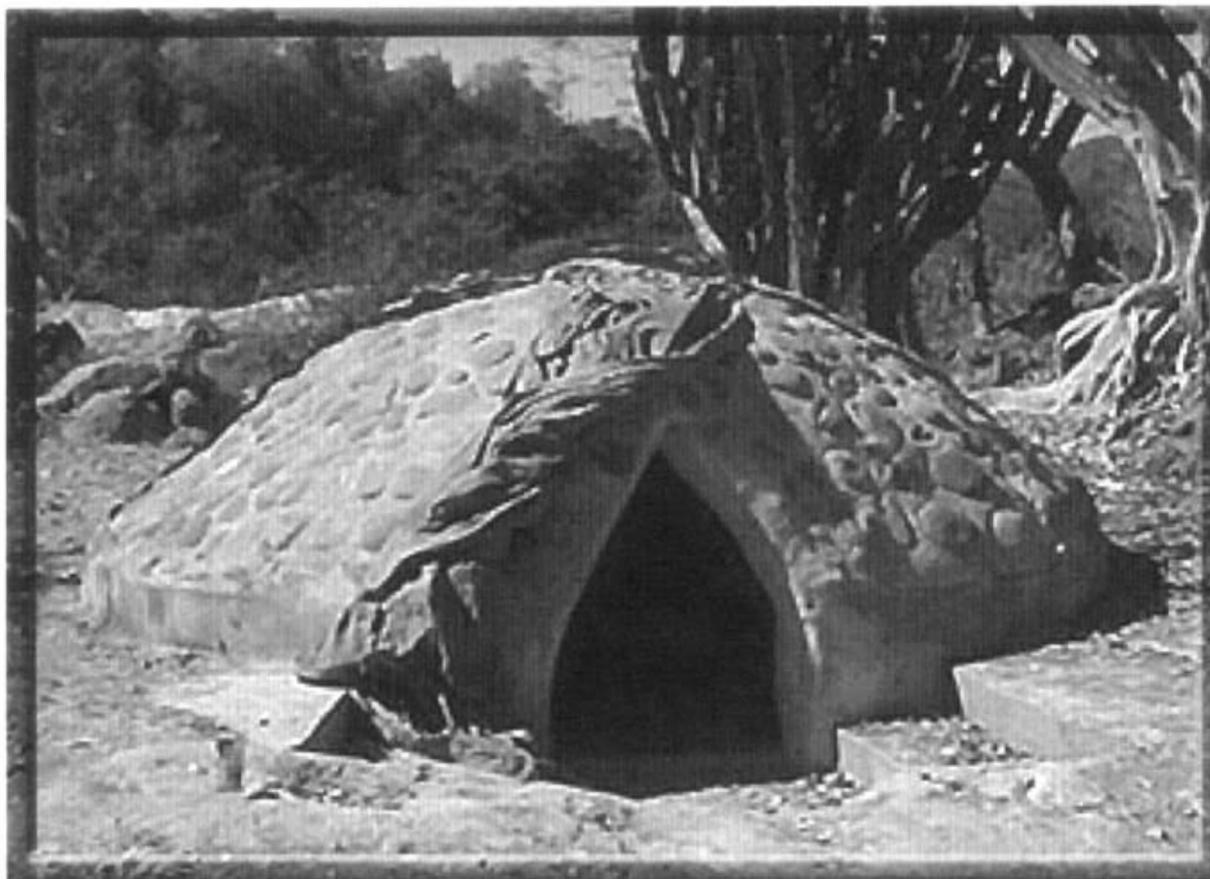
Recostada en un petate dos manos nobles recorren mi espalda.

Uno por uno mis huesos truenan, su resonar es tan fuerte que imagino que son las viejas láminas del techo de esta habitación. Las plantas de mi pie al ser apretadas por los expertos dedos delatan mis males, desde el riñón infectado que me hizo ver mi suerte hasta el estrés de la vida cotidiana con el que creí vivir sin ninguna consecuencia nefasta. Entre quejidos y risas nerviosas, acepto el olvido en que he sentenciado a mi cuerpo porque hasta ese momento van despertando de su marasmo mis músculos y hasta mi torrente sanguíneo. El dolor no duele, los ojos cerrados me permiten observar que el círculo de mi vida más bien es una espiral que debo aprender a disfrutar.

Con toda la humildad que puedo sentir entro al baño, voy en cuclillas para recordar el respeto que me inspira la vida. Un murmullo resuena en mis oídos, son breves frases que me dan la bienvenida, puedo escuchar claramente los latidos de mi corazón que se alegra de tal recibimiento.

La oscuridad no me asusta, además voy de la mano de una de mis mejores amigas, agradezco como nunca tenerla a mi lado. Doña Maximina conversa tranquilamente, a cada rato pregunta si estamos a gusto, si ya empezamos a sudar, si el ambiente en ese vientre de piedra nos hace estar en paz con nosotras mismas.

No siento vergüenza de mi cuerpo desnudo pues resulta placentero sentir que poco a poco gotitas de sudor le dan un brillo especial. Un río de apacible sudor fluye lentamente de mis poros para adornar mi cuello, mis pequeños



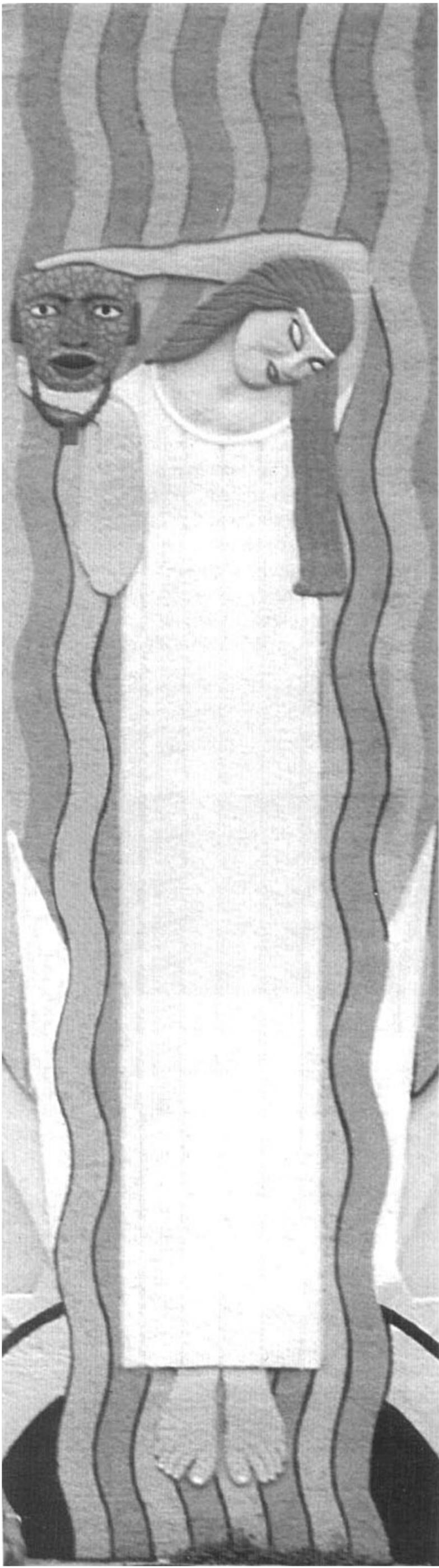


Foto de Rotmi Enciso

senos, mi vientre partido por la mitad gracias a una cesárea, estos muslos que saben lucir cuando traigo minifalda, estas pantorrillas que reconocen unas manos masculinas agradecidas cuando son acariciadas.

Al recostarme en el piso duro y fresco siento caer en un torbellino de paz. Un ramo de hojas frescas sacuden mi cuerpo para limpiarlo de malas vibras y de males ciertos inciertos. Un poco de té del monte logra refrescarme.

El vapor del temascal impregna cada milímetro de nuestra corteza humana, sacude los sentidos y alivia el alma. Me ahogo en un calor inmenso que sin embargo me acerca más a la vida que alejarme de ella.

Mis cabellos empapados de sudor tienen todavía la fortaleza de alborotarse ante cada resoplido de las brazas ardientes que son apagadas en un rito ancestral que como nunca intenta acercarme a mi raza y a mi espíritu.

Imagino tener la fe de los caballeros aztecas que gracias a este baño descubrían su fortaleza. Surge la convicción de poseer la confianza y certidumbre de las mujeres que eran bañadas en un lugar semejante durante su trabajo de parto.

Cada sacudida de ese quemante vapor es un latigazo noble que quiere despertar a mi cuerpo de su marasmo conformista y de su aburrida rutina. Los soplidos hirvientes relajan las tensiones que se dan por vencidas ante ese cálido vaho. Sudo sin cansancio, sin temor, sin revancha, sin desfallecer.

El vientre de piedra me ofrece un asilo tan pacífico y tranquilo que hasta creo estar en el materno. Entonces Doña Maximina afirma que todos venimos de la Madre Tierra y hoy nosotras tenemos la oportunidad de reposar en su interior. Esa Madre Tierra que tanto nos da, que tanto nos ofrece, que tanto nos comparte. Esa Madre Tierra tan generosa, tan benigna, tan fértil, tan fecunda. Esa

Madre Tierra femenina, mujer, creadora, diosa, diva, espejo, hermana, hija, todopoderosa.

El tiempo se detiene y a la vez avanza con tanta lentitud que palpo sus segundos, sus minutos me acarician y anhelo las próximas horas que prometen una mejor Elvira. La voz de nuestra maestra, de nuestra protectora, de nuestra chamana pide que confesemos nuestro sentir del momento. Yo agradezco nacer de nuevo, agradezco tener una amiga como Rosalinda, agradezco esta nueva oportunidad. Prometo aprovechar cada experiencia, prometo gozar nuevos retos. Nos piden que expresemos lo mucho que nos queremos, lo mucho que sentimos amarnos en ese momento, lo mucho que agradecemos conocernos y vivir juntas esta maravillosa experiencia.

Una por una salimos del vientre de la Madre Tierra. Soy la última. Unas manos bondadosas me bañan con agua caliente, hojitas de color verde se impregnan en mis poros, adornan mi piel, perfuman mi cuerpo.

Repito en náhuatl una bella oración en la que agradezco la experiencia, en donde reconozco mi fragilidad, en donde bendigo a la Madre Tierra, en donde valoro a las mujeres que me acompañaron en este rito ancestral, en donde recuerdo a mis seres amados, en donde prometo regresar.

La tenue luz que marca el camino hacia el exterior parece lejana pero basta estirar una mano para sentir su tersura. Dudo en querer abandonar esa oscuridad pero una frazada colorida se extiende ante mí para envolverme entre nuevos olores y anhelos. Con cariño me recuestan en lo que imagino deben ser nubes de algodón por la paz que siento, por lo cómoda que reposo.

Estar cubierta por completo me reencuentra con mi propio olor, permite que palpe este cuerpo que empezaba a olvidar y me une

conmigo misma en una absoluta comunión de alma y género, de mujer y niña, de sentidos femeninos y feministas.

Todo está en silencio: sueño, colores y olores, imagino miradas inolvidables y amores posibles. Cuánta paz, mil veces digo gracias, pierdo la cuenta de las ocasiones en que los hombres que amo visitan esta pacífica siesta, después de un inolvidable baño de temascal.

Al despertar soy recibida con un tazón donde reposa el más delicioso de los guisos que he probado: un caldo de res calentito. Saboreo unas tortillas recién hechas en un comal y pruebo un poquito de nutritivas verduras.

Miro en el rostro de mi amiga una paz que la embellece como nunca



Foto de Francisco Antúnez

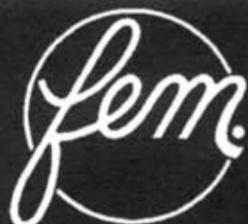
y nos sonreímos con la certeza de que nuestra amistad se ha fortalecido, que somos mujeres nuevas dispuestas a enfrentar a la vida otra vez.

Poco a poco empezamos a vestirnos, Doña Maximina nos

impregna de una dulce loción antes de salir y pide que nos tomemos de las manos para agradecer la experiencia. Nos desea lo mejor, nosotras la abrazamos con todo el agradecimiento que podemos expresar a una mujer como ella, dispuesta a cuidar, a querer y a ofrecer tanta paz.

Reconozco en mi cuerpo otro olor, en mis ojos ya no hay tristeza, con mi alma recién lavada y planchada salgo sintiéndome una mujer nueva, una mujer feliz, una mujer orgullo, una mujer que acaba de nacer de la Madre Tierra.

Nota: Si desean vivir esta experiencia pueden llamar al teléfono 58 44 06 08 para reservar el día en que desean sentir un baño de temascal.



Difusión Cultural Feminista, A.C.

Apartado postal 11-366,
Col. Hipódromo, C.P. 06100,
México D.F., Deleg. Cuauhtémoc,
Tel.: 52 19 16 57 Fax: 52 19 16 55
E-mail: fem@laneta.apc.org

Orden de Suscripción

Nombre: _____

Dirección: _____

Colonia: _____ Deleg.: _____

Ciudad: _____ Edo.: _____ C.P.: _____

País: _____ Tel./Fax: _____ E-mail: _____

Factura a: _____ R.F.C.: _____

Dirección: _____ Col.: _____ C.P.: _____

Costo por suscripción Anual

\$ 250.00 M.N. México
\$ 70.00 USD Continente Americano
\$ 82.00 USD Europa
\$ 94.00 USD Resto del mundo
PARA EL EXTRANJERO SU PAGO SERA MEDIANTE CHEQUE

Cheque a Nombre de: Difusión Cultural Feminista, A.C. depósito en cuenta de cheques Banamex # 7036644 Suc. 346 favor de enviar por fax fotocopia de este formato y la ficha de depósito